13/12/2014 Kiosko y Más - El Norte de Castilla - 13 dic. 2014 - Page #92

Orgullosa hermana muerte

Al final del carnaval de la vida

Thomas Wolfe, escritor nacido en 1900 en Asheville, en el estado sudista de Carolina del Norte, y fallecido prematuramente en 1938 en Baltimore (Maryland), no lejos de Washington, capital federal, escribió en su novela 'La tela y la roca' –editada un año después de su muerte– que el verdadero descubrimiento de América estaba aún por hacerse, y que la verdadera realización del espíritu del pueblo norteamericano, de su tierra poderosa e inmortal, aún no había llegado. Ese espíritu contiene, según algunos de los mejores conocedores de la cultura y de la idiosincrasia de aquellas tierras, el sentimiento de soledad que domina la literatura norteamericana. El héroe, en ella, acostumbra a ser un individuo aislado, al contrario que el de la literatura europea, que se explica inmerso en la sociedad donde vive, y dependiente de ella.

Wolfe, en este extraordinario e inclasificable texto que es 'Hermana Muerte', muy bien traducido por Juan Sebastián Cárdenas para la Editorial Periférica, nos da a conocer, con honda y elaborada escritura poética, una de las entrañas de la sociedad americana, y, por extensión, del hombre de nuestro siglo: Nueva York y el sentimiento de extrema soledad de los individuos en la gran urbe en plena expansión, sometidos a la presencia permanente, insoslayable, adherida a la piel, de la muerte, siempre oscura, orgullosa hermana muerte, verdadero epítome de nuestro leve transcurso terrenal. Cuatro son los hitos que apuntalan la existencia de los ciudadanos que pueblan la ciudad y el país que el escritor dibuja: la Ciudad, la Muerte, la Soledad y el Sueño. La Ciudad se declara a sí misma indiferente a nuestra suerte, «pues sé bien que otros vendrán cuando hayáis desaparecido, sé bien que otros nacerán cuando estéis muertos, millones se levantarán cuando os hayáis caído». La Ciudad es como «una ola gigantesca sobre la faz de la tierra». La Muerte nos abraza con su ávida calma poniendo fin a la «tortuosa errancia» de nuestro devenir, a la inquietud de vivir que nunca deja de fustigarnos. Sólo la Soledad, en medio de ese tránsito, es capaz de darnos la fuerza de encontrarnos con nosotros mismos, y con los demás. La más auténtica la hallamos en el Sueño, pues es en él donde «todos estamos desnudos y solos». Es el Sueño, concluye Wolfe, que fluye envuelto en suavidad como el silencio sobre la tierra, que «llena los corazones de millones de hombres, se mueve como la magia en las montañas y camina como la noche y la oscuridad a través de las planicies y los ríos de la tierra, hasta las llanuras más bajas, hasta las montañas más altas».

Thomas Wolfe.

> «El héroe norteamericano suele ser un individuo aislado, al contrario que el europeo, que se explica socialmente»

Para alcanzar ese cenit alegórico de lo humano, el narrador de 'Hermana Muerte', trasunto indudable del propio escritor, se mueve en el mundo de la noche, donde transitan los locos, los ebrios y los furiosos. Busca los corazones de los hombres que la aman, porque es en ella donde se agazapa lo más vivo de la tierra, el misterio de la existencia breve, sosegada o revuelta, vacía o salpicada de instantes de dicha, una mota de polvo, en definitiva, entre millones de motas de polvo con las que comparte el discurrir de las estaciones, el cielo perenne, el viaje y la quietud. Aunque el polvo del primer César, medita la voz, sólo serviría ya para encalar una pared, cada presencia, aún hoy, no deja de estar en contacto con las que pasaron; «cada vida oscura, cada voz perdida y cada paso olvidado [siguen] vibrando en algún lugar del aire» que nos envuelve.

'Hermana Muerte' no es un texto filosófico al uso. Es una narración. Cuenta cuatro muertes acaecidas en las calles de Nueva York en años sucesivos: un buhonero italiano; un vagabundo –una suerte de 'hobo' en cuyo rostro, ya muerto, se refleja «la leyenda de los raíles pulidos y la locomotora, del óxido y del acero, la leyenda de toda tierra salvaje, indómita y solitaria»–; un obrero de la construcción –el episodio recuerda las conocidas fotografías de trabajadores en los armazones metálicos del Rockefeller Center, algunas de ellas atribuidas a Charles C. Ebbets–; y un hombre sin relieve particular, hecho de la misma «arcilla» que la mayoría de ciudadanos. Es esta cuarta muerte la que ocupa más páginas, pues le sirve a Wolfe para contraponer una galería de tipos comunes que rodean el suceso con las actitudes más convencionales: el médico que certifica la muerte, o los policías que se ocupan del caso, todos con gestos que parecen formar parte «de un plan muchas veces ejecutado»; los simples mirones cuya piedad apenas dura unos instantes; los bromistas de pésimo gusto que tratan de conjurar su propio miedo con salidas de tono...

A William Faulkner este libro le pareció hermoso y enigmático. Los dos adjetivos, a mi juicio, aciertan. Es posible añadir al menos otro: verdadero.

HERMANA MUERTE
Thomas Wolfe. Traducción de Juan Sebastián Cárdenas, Cáceres, Editorial Periférica, col. Largo recorrido n. 65, 2014, 94 páginas, 14,50 euros.

Los lupanares del señor Wolfe

No pocos autores tienen uno o varios leitmotives, elementos que aparecen repetidamente a lo largo de su obra. Pueden ser temáticos –casi todos los autores tienen un tema fetiche, algunos hasta el extremo de que, desde cierto punto de vista, sus distintas obras pueden ser consideradas como una especie de tremenda novela mosaico; pienso, por poner un solo ejemplo, en Sábato–. Pueden ser argumentales, pues hay escritores, generalmente no demasiado buenos, aunque hay excepciones, que escriben una y otra vez la misma historia: los personajes, lugares, situaciones prácticamente extrapolables de una novela a otra. Un poco como esos grupos o cantantes con los que en cierto momento te parece que llevan tres o cuatro discos tocando la misma canción. También los hay quienes se aferran a cierto tipo de personajes, a un paisaje, a una ciudad, a cierto tipo de lugares. Y hay más, pero no voy a seguir enumerando.

Gene Wolfe es autor fascinante donde los haya, sobre todo desde el punto de vista narrativo. Aunque el hecho de escribir ciencia ficción lo mantenga alejado de la consideración de la mayor parte del mundo académico y mediático. Es fácil y difícil de leer a un tiempo. Una prosa clara, y hermosa, bien construida, imaginativa también. Pero es además, un maestro de la elipsis, del silencio o, más bien, del vacío elocuente. Del contar sin contar por el procedimiento de dejar al lector que rellene, o intente rellenar, las lagunas. Aunque algunas veces se muestra piadoso, y nos ayuda. Es un autor que hay que releer para sacarle todo el jugo, cosa, por fortuna, nada penosa; antes bien un placer. Las certezas –si hay certezas, que a veces, bastantes veces, no–, en sus historias, nos llegan a través de indicios. Para el lector hay más trabajo detectivesco en medio libro de Wolfe que en toda la obra de Agatha Christie o Conan Doyle. Infinitamente más que en algunas mediocridades modernas que se nos venden a bombo y platillo.

Uno de los leitmotives de Wolfe, además del personaje más o menos marginal, o diferente, o dañado, es el burdel. Está presente en sus principales y más interesantes obras. Severian, el verdugo con destino de redentor, en 'El Libro del Sol Nuevo', es llevado a uno donde las mujeres son casi gemelas de las nobles más celebres de su comunidad. Este aparente capítulo de iniciación, es fundamental, de un modo sorpresivo, para el resto de la novela. La primera parte de 'La quinta cabeza de Cerbero', se desarrolla en 'La maison du chien', un prostíbulo de lujo en un lejano planeta. Latro, el soldado, acaso romano, que con la noche pierde el recuerdo del día anterior –antítesis y reflejo de Severian, que es incapaz de olvidar nada, ambos viajeros, Latro a través del mundo antiguo, Severian por un futuro lejano– en un capítulo de 'Soldado de la niebla', se convierte en portero de un lupanar ateniense. Y el patera Seda, sacerdote protagonista de 'El sol largo', es requerido para exorcizar una presencia maligna en un club de alterne propiedad de su enemigo Sangre. En esta obra, además, la mayoría de las protagonistas femeninas –salvo la maytera Menta, una monja androide– se dedican, o se han dedicado, al 'oficio más antiguo del mundo'. Aunque esta no es la razón de que 'El sol largo', cuyo cuarto y último libro no se publicó en español, sea mi novela favorita, o casi, de Gene Wolfe.

press reader Printed and distributed by PressReader PressReader.com + +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW

http://lector.kioskoymas.com/epaper/services/OnlinePrintHandler.ashx?issue=22062014121300000000001001&page=92&paper=A4 1/1